



2.—Traje de baño.



3.—Traje de baño.



4.—Traje de baño.



5.—Capota de teatro.



6.—Traje de recibir.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers.



7.—Vestido de verano con chaquetilla.

Explic. y pat. núm. 11, figs. 12 á 14 de la Hoja-Suplemento.

que se ejecuta sobre la tira color de aceituna, así como el dibujo de los galones del borde, hechos con seda color rojo antiguo. Después de haber pasado el dibujo al fondo, se cosen por el interior de los contornos unos hilos gruesos de oro en hileras estrechas, con puntos transversales hechos con seda amarilla.

Para hacer el fleco, se fija en la tela, por encima del dobladillo, que tiene $\frac{3}{4}$ de centímetro de ancho para una borla de fleco, 8 hebras de seda del color de la tela del fondo, de 24 centímetros de largo. Se enrolla primero cada borla a $\frac{1}{2}$ centímetros por debajo del dobladillo, con hilos de oro sobre un centímetro de ancho, y se vuelve a empezar otra vez, después de un intervalo de 1 $\frac{1}{2}$ centímetros, reuniendo siempre la mitad de la borla más próxima con la mitad de la borla siguiente. Se cortan después las hebras para igualarlas.

Canastilla de labor.—Núms. 49 y 50.

La fig. 111 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde a este objeto.

La canastilla es de mimbre dorado. Sus lados largos van guarnecidos de pedazos de seda amarilla, recortados en curvas, adornados con un bordado y ribeteados de un galoncillo compuesto de piquillos. Los lados transversales se adornan con dos tiras de seda amarilla y rojo antiguo de 5 centímetros de ancho cada una. El borde superior de la canastilla va guarnecido de un galoncillo color rojo antiguo. Se cubre el interior de la canastilla de la misma faya pliegada. El fondo va cubierto de faya igual puesta de plano sobre un cartón algodonado. El asa va adornada con cintas de seda estrecha color de rosa, azul pálido, aceituna y rojo antiguo y con rosáceas de cintas. Se fijan unas rosáceas iguales en los lados largos de la canastilla. Se corta la guarnición por la fig. 111, se la forma de gasa y se ejecuta el bordado con sedas e hilos de oro al pasado, punto de cordoncillo y punto anudado.

Las flores van hechas al pasado con sedas color rojo antiguo y lila de diferentes matices. Las venas van marcadas con puntos hechos con hilos de oro, y los estambres con puntos anudados de seda marrón claro. Se ejecutan los cálices, las hojas y los tallos al pasado y punto de cordoncillo, con seda verde aceituna, cardenillo y marrón. Se tienden sobre los cálices unas hebras de seda y de hilos de oro en forma de enrejado. El lazo que sujeta la rama va rodeado de puntos de cordoncillo hechos con seda amarilla y relleno con hilos de oro. Para hacer el galoncillo, se junta una tira cortada al sesgo, de 6 centímetros de ancho, sobre la orilla, y después se la reúne en los lados largos a intervalos regulares por medio de un punto, con arreglo a las indicaciones del dibujo 50.

DESDE MI CELDA.

CARTAS DE LONDRES.

Abadía de...
Abadía de...



A primavera!... ¿Qué palabra tan llena de dulce poesía, cuánta esperanza, cuánta hermosura, cuánta promesa!... En la Naturaleza es la estación más encantadora, la musa de más de un poeta. En la humana vida ¿hay algo que pueda compararse a los años de nuestra primavera?...
Siempre recuerdo cuando yo seguí en este Colegio los estudios de *estilo y composición* que han hecho de mí la *istoyre literata* (haced el favor de no reiros, que estoy hablando en serio; ¡cuídalo que sois burlanos!) que tan a menudo os obsequia con *sus obras*, que, acercándose los exámenes de Navidad, tocóme hacer oposición al premio de «Descripción». Tenía yo quince años, y aunque a esta edad en Inglaterra es una considerada casi como a los diez años en España, mi naturaleza meridional, combinada con el desarrollo físico propio de este clima, habían hecho de mí, aparentemente al menos, una *respectable miss*. Debido a mi temprana entrada en el Convento—en el cumplimiento de los seis años—y a una gran afición al estudio, que Dios en su infinita misericordia me había dado para que más tarde fuera la distracción y lento de tristes épocas de mi vida, a los quince años formaba parte vuestra compatriota de la *gran clase*, donde se seguían los estudios superiores y donde tenía el honor—cosa entonces importantísima para mí—de codearme y ser tratada como de igual a igual por una docena de *misses* de diez y ocho y veinte y hasta veintitantos años (aquí las *niñas* en los colegios son *fanosos*) que componían dicha gran clase. Cuando una es joven tiene tanto afán de ser mujer, que me sonreía la idea de poderme echar algunos años encima; ¡no me parecía bastante digno tener sólo quince años!

Según es costumbre en este país, aunque las Religiosas dirigen toda la educación, hay clases especiales, para las cuales, sobre todo en época de exámenes, vienen profesores de las principales Universidades, y llevan, digámoslo así, la batuta, dan pequeños cursos, admirables explicaciones, el asunto de los temas que han de desarrollarse, y, por último, examinan. En España, si entra un profesor en un colegio, podéis tener la seguridad que es un venerable anciano, harto de la vida y de su árida carrera, a quien las señoritas de la *gran clase aborrecen*—ingrata juventud—y a quien apenas escuchan entre bostezo y bostezo. Aquí es el caso muy diferente, debido a la diversidad de costumbres: los profesores son casi siempre jóvenes, y aquí, entre nosotras, os digo, aun a riesgo de que alguna severa mamá frunza el entrecejo, que la enseñanza resulta más amena. Efectivamente, figuras, por ejemplo, que estudiáis literatura. El respetable Sr. López Quintana abre uno de los antiguos clásicos más sabios pero más *aburridos*, os lee

con voz débil y gangosa, en tono de *gori gori*, como decimos en Andalucía, unos versos, magníficos sin duda, pero interminables, en honor de algún general griego ó romano. A las mujeres, a pesar de ser generalmente tan *batalloñas*, no nos sule dar por la guerra, en poesía al menos (nos da mejor en *prosa*), así es que desde las primeras rimas, mientras las espadas se cruzan y se entierran en los leales pechos, mientras el campo del honor cíbrese de víctimas y de sangre, mientras el anciano profesor se *mata* por conmoveros con todo el entusiasmo posible a sus setenta años, *ni una* de vosotras le escucha. ¿A que tengo razón, paisanas mías? En lo que pensáis, vosotras lo sabréis, queridas; en lo que pensaban vuestras madres cuando aun no os tenían a vosotras, por más que ellas os lo nieguen (*¡la juventud pasada era otra cosa!* ¿quién no conoce esta frase?); en lo que pensaron también vuestras abuelas; en lo que pensarán vuestras hijas y vuestras nietas, y la juventud entera hasta el fin de los siglos. Mister Halkett, por el contrario, ante su auditorio inglés, a quien no lleva muchos años, os enseñará los clásicos, no digo que no, pero de muy distinta manera. Temo, amigas mías, que de los dioses preñera Cupido a Marte, que de las muertas considere la de las *flechas* más dramática, y que busque en la *batalia de la vida* aquellas décimas que con tanta atención escucháis, que tan bien comprendéis y sentís. Decididamente, a los treinta años se enseña mejor que a los setenta.

Pero volvamos a mi historia, que a pesar de todos *mis estudios*, tengo una horrible propensión, como habréis notado, a dejar el asunto en mitad del camino y marcharme por los cerros de Ubeda.

Una fría mañana de Diciembre, nuestra *clase superior*, presidida por la Reverenda Madre, escuchaba las explicaciones de un joven doctor en Literatura y Ciencias, venido expresamente de Oxford. Llamábase Wilfrid Halkett. Había llegado a nuestros oídos que aquel joven doctor que miércoles y sábados venía a instruirnos en los misterios de la literatura antigua y moderna, era el descendiente de una aristocrática familia venida a menos, y que la falta de recursos le había obligado a dedicarse a la *amená* tarea de la enseñanza. Y verdaderamente que todo en el revelaba la distinción de su origen. En la época de que hablo podría tener unos veinticuatro a treinta años; de estatura regular y porte noble por esencia, su cabeza era pequeña, perfecta en su forma, cubierta de finísimo pelo castaño oscuro y algo rizado. Una frente inteligente y hermosa, una nariz griega a la perfección, una boca *de perlas* como por allí decimos, y unos ojos grandes, de azul tan obscuro, que á veces parecían negros, con una mirada llena de inteligencia, de ternura y de exquisita melancolía. Su cutis, de una blancura mate, hubiera dado envidia a más de una dama: era realmente una cara perfecta, digna de haber servido de modelo para un tipo de belleza varonil; pero lo mejor de esta cara era su expresión, dulce y triste generalmente, y al mismo tiempo alegre como la de un niño cuando alguna absurda contestación nuestra iluminaba aquel rostro con la más graciosa de las sonrisas. Las manos que sujetaban el *clásico* eran *clásicamente* aristócratas, largas, blancas y finas, y la voz que leía aquellos versos era tan sonora y armoniosa, que parecía una música. Añadí a esto la finura más completa en sus modales, la caballerosidad impresa en toda su persona, y comprenderéis qué profesor teníamos las alumnas de literatura. Para que nada le faltase a mi héroe, le faltaba nada menos que la salud—pero esto aun lo hacía más interesante a nuestros corazones de mujeres:—una lesión orgánica minaba lentamente aquel pecho tan lleno de juventud y de vida, y daba quizás aquella expresión tan sobrenatural a una fisonomía tan joven. Indudablemente las personas para quienes la palabra *héroe* está escrita tan pronto en el libro de la vida, nos aventajan en superioridad y delicadeza a los mortales que vendiendo salud cruzamos la vida; dijérase que no viven *del todo* en el mundo, que tienen como un presentimiento del cielo en todas sus acciones, que su alma se mueve en una atmósfera más pura y mejor. Oíd a Bellini, leed á Deoquer: ni esas notas, ni esas palabras son enteramente de aquí abajo; ¡hay un eco divino en ellas!

¡Adiós, que ya me dejé mi asunto en la estacada otra vez!

Volvamos a aquella mañana fría de Diciembre, a bien que en Madrid (y aun en Londres, ¡qué calor hace!) y en Julio no hay peligro de *helarse*. Una por una fueron desfilando ante el pupitre de Mr. Halkett todas las señoritas para recoger el tema de su composición. Al llegar mi turno, nuestra Madre, que como os digo siempre me ha demostrado una ternura (no quisiera llamarla *debilidad*) especial, se levantó, y siendo yo ya la última—como más joven—que iba a *buscar un tema*, y habiéndome retirado sucesivamente a la clase de estudio mis demás compañeras, vino conmigo al pupitre. «Esta es mi querida pequeña hija, Mr. Halkett» (os advierto que yo de *pequeña* no tenía nada); «es muy joven, aunque la ve usted en la gran clase, sólo tiene quince años; así, pues, no le dé usted un asunto muy difícil...» «¡Ah!»—respondió Mr. Halkett sonriéndose—«esta señorita es tan ambiciosa desde tan joven que aspira al premio de literatura, como se ha llevado el de su corazón de usted, mi reverenda Madre? Vamos a ver—continnó dirigiéndose a mí—¿qué le daremos a esta *españolita inglesa*?...» Escriba usted una descripción de la primavera en su país; ¿no fué usted a Andalucía esta primavera pasada? Y yo con esa espontaneidad y franqueza de nuestra tierra le dije: «¿Cómo sabe usted que yo soy española, Mr. Halkett, y que he estado en España?» «En primer lugar, yo soy un sabio y lo sé todo—me respondió con la afable sonrisa de que antes os hablaba—y luego, las flores meridionales, aunque cultivadas en otro clima, siempre conservan su perfume especial: usted es una flor de España (como veis, era poeta el maestro), y sobre su hermoso país tiene usted que escribir.» Y diciendo estas palabras, recogió sus libros, y con una cortés desaparición. «Flor española mía—me dijo nuestra Madre (que ahora que no me lee, con toda su toca y todo su velo—no quita lo cortés a lo valiente—es poeta también)—á ver cómo se luce usted y que Dios la bendiga.»

Aquella tarde, cada una en distinta habitación, nos dedicamos las alumnas al desarrollo de nuestros temas. Debo decir que la decoración que me rodeaba no era la más á propósito para inspirarme: una espaciosa clase vacía; los blancos pliegos ante mí, esperando con pálida indiferencia lo que mi pobre imaginación les iba a confiar. Al exterior, el zumbido del viento de invierno, los enormes copos de nieve cayendo en tropel, ni una hoja en los árboles del parque, ni un pequeño rayo de sol, no un día claro de nuestro hermoso cielo español, sino el frío y la obscuridad espantosa de Diciembre en Londres.... «¿Qué diré?» se preguntaba vuestra pobre compatriota con la cabeza entre las manos. De repente, en medio de aquel cuadro de soledad y frío, en el sombrío fondo de esta escena me pareció destacarse la figura de mi maestro, y su voz dulce, que me repetía: «Es usted una flor de España; hable usted de su hermoso país.» Mi imaginación, obediéndome, voló a España, y desde la Alhambra nada menos—no me incluye en chiquitas—hice la composición, ya que no más *bucna*, más *heterogénea* que os podéis imaginar. Las brisas de mi país natal me inspiraron: hablé de moros y cristianos, de cimas nevadas iluminadas por ardiente sol, de ojos negros que matan, de guitarras, pandercas y castañuelas, de coplas que hacen reír y llorar, de bailes que entusiasman, de melancolía que se siente, de gracia que se derrama, del cielo y de las flores de nuestra hermosa patria; y todo esto lo envolvi como pude en una atmósfera de primavera, y lo titulé *modestamente* «Flores de España». Si llego a consultar el título a un juez *imparcial*, de seguro me aconseja que titule mi obra «Pisto andaluz» (ya que no *namchego*), pero es el caso que con tan poético título salió al examen mi *primera obra*. No sé cómo decirlo, pues temo que pongáis en duda la justicia inglesa; pero ello es que mi composición fué considerada *la mejor* (¿cómo serían las demás de malas!), y me valió el primer premio de literatura—¡inclinaos ante mí—una medalla y una corona de laureles que aun conservo colgada en mi *boudoir* para que estos laureles, únicos que he recogido en mi vida, me suavicen las muchas coronas de espinas que me ha tocado llevar.

Londres en primavera es precioso: la hierba de los parques tiene un color y una frescura sin igual, las flores pueden materialmente segarse, la temperatura deliciosa, el cielo por fin se viste de azul, la animación de la *season* se extiende por todas partes. Hasta las casas se ponen exteriormente de gala; hay la costumbre de pintarlas todas de blanco, generalmente, y otras de rosa, encarnado, azul ó verde: lo alegre, lo bonito, lo limpio que esto resulta sólo es para visto: os aconsejo, pues, á las que penséis venir á Inglaterra que escojáis siempre esa época; entonces Londres no tiene semejanza. El Parque presenta por la mañana un aspecto muy pintoresco, con los centenares de airosas amazonas tan elegantemente vestidas. Y, á propósito, echemos un parafito de modas. No sé si ahí os vestireis para montar como lo hacemos en Londres en este tiempo. Hay mañanas que cuando me anuncian que el caballo me espera (no creáis que tengo este *lujo propio*; es que algunas cariñosas amigas ponen el suyo á mi disposición: yo no tengo más caballo que un vencedor de carreras retratado en mi *boudoir*, como prueba de mis aficiones hípiacas) y me echo la última mirada al espejo, me acuerdo involuntariamente de Quevedo, y me pregunto: ¿quién es ella? Efectivamente: ¿quién nos distingue hoy en día, con nuestra falda ceñida, nuestra almidonada camisa de hombre (¡oh espanto!), nuestro *smoking* con su correspondiente flor en el ojal, nuestra corbata y alfiler tan masculinos, y el sombreroito de paja con cinta tricolor, que aquí llamamos *sailor hat*, y quien se atreve con nosotras cuando nuestras bellas manos, escondidas en los fuertes guantes de piel de perro, emprendemos á saltos y carreras por las hermosas avenidas de Hyde Park? Caballeros, entendiendo ustedes bien; se acabó el tiempo en que la mujer se conceptuaba feliz quedándose en casa zurdando calcetines: si las cosas siguen así, tendrán ustedes que componerse los que rompan....

Para *toilettes* de mañana, en *blusas* se ven modelos infinitos: de cuellos altos y bajos, con enormes mangas, sin puños ó con ellos, con volantes, cruzadas, etc., etc. Es la chaqueta Figaro, tan graciosa sobre todo en los cuerpos españoles (en las inglesas suele resultar como colgada de una percha), hace furor, y lo comprendo; ¿puede darse nada más airoso? La chaqueta Eton, que ya conocéis, es lleva mucho, y los *smokings* muy flojos, y las grandes casacas con grandes cuellos y grandes mangas y grandes solapas, todo grande, en fin, encima de una blusa de color claro. También estas casacas se hacen con un correspondiente falda lisa y sesgada, de tela fuerte de hilo color crudo, blanco, azul claro ó rosa; estas dos prendas y una blusa ó camisa de hombre de distinto color del vestido forman una elegante *toilette* de verano, fresca y limpia, puesto que se puede lavar y planchar: los botones de estas casacas se usan dorados con áncoras, como los trajes marineros: es una moda esencialmente inglesa, y, como todo lo inglés *legítimo*, elegante y sencillo á la vez.

También quiero daros cuenta, segura que os gustará copiarla—las españolas amamos mucho todo lo inglés—de la costumbre que hay aquí en este tiempo de tomar el *five o'clock tea* en los jardines de las casas, costumbre fresca y deliciosa. Como alguna lectora de provincias me ha preguntado lo que es aquí el *five o'clock tea*, ya que hablo de té, voy, con vuestro permiso, á explicarlo.

En toda casa inglesa, más rica ó más pobre, más elegante ó menos, hállase todo el año, de cuatro y media á seis, en el lujoso salón ó en el modesto *sitting room*, una gran bandeja con una docena de tazas, un *slop-basin*, especie de gran tazón sin asa, cuyo uso os explicaré á su debido tiempo; la tetera, de *plata*, generalmente; jarra ídem, con la leche *fría* y *sin haber sido cocida*; otra jarra de *porcelana* y tapa de metal con agua caliente, y una jarrita de plata, muy pequeña, con *cream*, nata deliciosa aquí; en Madrid, como la cosa ro haya variado desde que yo falto de ahí, *abominable*; pero que las que vivís en provincias os podéis quizás proporcionar directamente del campo—¡di-

chosas vosotras!—por último, el azucarero, de plata también, *sin tapa*, con *muy pequeñas* tenacitas y azucar cuadrado de Cárdenas. Cada taza debe tener debajo *dos platos*, uno *muy pequeño*, el otro del tamaño que correspondía a la taza. Esta gran bandeja (de plata con grandes asas es lo más *shick*), *sin servilleta* en ella, deberá estar colocada en un velador japonés *redondo* (de esos que tienen debajo especie de estantitos que se bajan y suben) cerca del rincón del salón ó del jardín donde recibe el ama de la casa. Este velador estará cubierto con el *tea-cloth*, mantelillo para té, blanco ó crudo, con calados y cenefa de colores ó bordados y flecos idem, idem; también estos mantelillos suelen ser rosa ó azules. Si queréis ver cosas lindas en eso, encargadlas aquí. No cabe variedad más primorosa, porque estos ingleses tienen, para cuanto se refiere a la ornamentación de su *home*, el gusto más exquisito que podéis imaginaros. En las repisas del velador (ó como se llamen; no puedo, por más vueltas que le doy, encontrar una palabra española á propósito para el caso), *dos platos* Sajonia, Minton, etc., etc.; en *uno finísima* (*transparentes de delgadas*) rebanaditas de pan untadas de manteca sólo por un lado, y *jamás* tostadas, del tamaño que da una *barra grande* de Viena. En el otro, el *cake*, que varía mucho: unas veces es bizcocho de frutas y pasas, otras bizcocho de *fresas*, otras un *moka*, chocolate, etc., etc. en esto podéis escoger á vuestra elección: estas dos cosas, y *nada más*, son el *reglamento elegante del five o'clock tea*. En este tiempo se está un *extra*: otro plato con *fresones*, que tomáis con *nata* ó azucar, según vuestra afición; pero esto es moda puramente *primaveral*.

La tetera estará siempre cubierta con el *tea-cosy*, especie de *gorro* semiovalado con que se adorna á esta señora en Inglaterra para que el té no se enfrie. El *tea-cosy* es de raso ó tela brochada de colores con bordados de sedas lasas, un cordón de seda todo alrededor, y formando en su parte superior tres *presillitas* que sirven para levantarla y cogerlo; interiormente está *quité* y forrado de seda de color liso. En estos *tea-cosies*, como en los manteles, hay aquí *primores* en lujo y buen gusto combinados. En otro pequeño velador, á poca distancia del que contiene la bandeja, un elegante aparato, de plata también, compuesto de una maquinilla de espíritu de vino (que el criado ó la doncella deberán dejar encendida cuando la entren á las cuatro y media), sobre la cual se ve, llena de agua hirviendo, la elegante *kettle*, ó sea *cafetera* (como en España la llamamos, no sé con qué razón, en este y otros casos).

Estos son los preparativos necesarios: no tengo que decir que la elegancia de la plata y el lujo de la porcelana son según la posición: tomo té en algunas casas donde, admirando los dibujos de viejo Sevres ó Sajonia, ó los preciosos esmaltes de mi taza, me he olvidado casi de beber el té: hay servicios que son un museo: sin querer, teniendo alguna de estas *joyas* en la mano, me pregunto si los criados ingleses rompen menos que nuestros españoles, y si no, ¡qué disgustos pueden llevarse de cuando en cuando los ilustres propietarios de tanta riqueza! Así ó no referir días pasados á que estando un numeroso círculo de comensales sentados á la mesa de Lady *extra* entre uno de los criados de repente, rojo como la grana, y anhelante, con voz temblorosa, grita: «Un vaso de vino, un vaso de vino, por Dios!» («Aquí ni por casualidad pide nadie un vaso de agua!») Los convidados se miran con asombro, se preguntan por un momento si el hombre ha perdido el juicio para presentarse de semejante manera: pero la señora de la casa, que es tan buena como noble, se levanta, llena con sus blancas manos un gran vaso de vistoso Burdeos, y ella misma se lo ha beber al empolvado joven, mirándole con ansiedad. Pese lo traga de un sorbo, y con la mano en el corazón ó escapar un profundo suspiro: «Oh Milady, gracias, gracias mil; estaba tan nervioso.... le acabo de romper á V. E. las dos grandes fuentes de viejo Sevres!» ¿No os parece que si le hubiera roto á él las costillas lo merecía?

En fin, todo está compensado aquí abajo: he ahí una clase de penas de que está libre vuestra Lady Belgravia. Me sirve una monjita, «Dios la bendiga! que parece hija mía, según las manos de trapo que tiene; de cuando en cuando, con los ojos bajos y cara muy triste, me anuncia que ha *multiplicado* la jabonera, ó la cepillera, ó la botella, ó el vaso. Cuando ella no rompe, me encargo yo, generosamente, de reemplazarla, y de daro de poco ya no habrá porcelanas que limpiar en mi cuarto: pero siendo mis cachivaches, no ilustres descendientes de Gault y Germania, sino modestos hijos de Valdemorillo, ó su equivalente, estas *quiebras* no quebrantan mi *sólida fortuna*, ni ponen en peligro el equilibrio de mis nervios....

Vamos á la manera de servir el té. Aunque los utensilios deben estar en el salón antes de las cinco, hasta esta hora no se toma. Entonces la señora de la casa, ó su hija mayor si hay muchachas, se levantarán, y cogiendo la tetera, que tendrá ya el té *seco* como aquí dicen, acercándose á la lámpara del espíritu, llenará la tetera del agua hirviendo, dejándole reposar *sólo cinco minutos* para que el té tenga su punto de perfección, sin perder su exquisito aroma ni amargar, como fácilmente sucede si se deja demasiado en la tetera. Cogerá una taza, y separando de ella el pequeño platillo, verterá el té hasta la tercera parte de la taza: entonces, dirigiéndose á la señora de más respeto, que, como es natural, ha de ser servida la primera, con esa voz tan dulce de las inglesas, con esa manera tan fina y tan graciosa que les es propia (diréis que tengo *pasión* por este país; os aseguro que no es pasión; cuanto os digo bueno de él se lo merec, y en finura no hay quien lo aventaje), le preguntará: «¿Le gusta á usted fuerte ó flojo?» «Más bien fuerte, ó más bien flojo, gracias», responderá con igual dulzura la interpelada. Si la señora lo desea *flojo*, de la jarra de porcelana que contiene agua caliente le echará un poquito en la misma taza, luego añadirá á ello la leche, y, por último, una *pequeñísima* cantidad de nata, todo ello sin menearlo para nada con la cucharita, y sin llenar mucho la taza. Perdonadme estas pequeñas observaciones: no os las dirijo á la totalidad, que tan elegantes y finas sois como la mejor de estas *ladies*; lo digo sólo en caso que hubiera alguna que no

estuviera tan al corriente de estos detalles, y quisiera copiar lo inglés con toda exactitud. Yo la primera, os lo cuento para que veáis que nada puede extrañaros, estando en España y con la viveza que nos da nuestro país. Aquí el clima sin duda influye, y la pierde una insensiblemente, ó, por lo menos, se aprende á guardársela en el bolsillo. Recuerdo algunas veces, cuando el té no *espesaba* á medida de mi vivo deseo, haber cogido una cucharilla y haber dado un buen *meneón* en la misma tetera (por Dios, lady Belgravia, que no se enteren las inglesas!); pero aquí no puede ni pensarse en esas *frangueas* que nos permitimos en nuestra sencilla tierra. Así, cuentan de una señora que, viendo que el té no acababa de tomar el color marcado por las reglas del arte, y no atreviéndose humanamente á menearlo con la cucharita, se dirigió á uno de los concurrentes, y le preguntó si había observado los cuadros de su sala: «No, respondió mi hombre con la inocencia propia de su sexo.—Pues mire usted, contestó ella, tetera en mano y señalando un cuadro: aquel es Murillo legítimo (y venga una sacudida á la tetera); aquel es copia, pero muy buena, de Rafael; el de más arriba es pura escuela moderna»; y así sucesivamente, dió cuantas sacudidas quiso á la tetera, sin faltar á la prescrita elegancia; y el té espesó, y el caballero se lo tragó de la misma manera que se había tragado la estratagema de la dama.

Puesta la taza en manos de la señora (más vale tarde que nunca, diréis), le acercáis el azucarero: perdonad que cambie el tiempo del verbo; de sabios es el cambiar. «¿Azúcar?» preguntáis sencillamente. Si es inglesa, os dirá: «No, gracias»; ó todo lo más: «Un terrón, haga usted el favor.» (Se lo tomán sin azúcar generalmente. ¡Jesús, María y José, qué veneno!) si es española, podéis servirle *tres* ó más bien *cuatro* terrones para que quede satisfecha (no estamos en nuestra tierra por las amarguras). En seguida, le ofreceréis al mismo tiempo los dos platos con pan y manteca y *cake*: no se toma aquí más que *una* de las dos cosas (os repito que los ingleses son muy parcos, por más que gente mal informada pretenda presentarnos como heliográficos). Si escoge el pan y manteca, doblará la rebanadita por la mitad, de modo naturalmente que la parte *no untada* quede del lado de fuera, y en esa primorosa forma se la comerá; si escoge el *cake*, como esto es cosa más difícil de comer con guantes sin manchárselos (y únicamente en mucha intimidad puede uno quitarse los guantes aquí), le daréis el pequeño platillo que separasteis previamente de la taza, con una cucharita diminuta también, de las cuales tendréis un montoncito en la bandeja, y en él le serviréis el pequeño pedazo de *cake*: este platillo se pondrá en la falda, pues como la mano izquierda sujeta la taza, no queda más que la derecha libre para comer el *cake* y llevarse el *delicioso néctar* á los labios: seguis dando la vuelta á vuestro círculo, observando siempre la misma regla de *categoría* y *servicio*, cuidando, cuando veáis que una señora ha acabado su té, de ofrecerle otra taza (1), pero no insistiendo jamás en vuestro ofrecimiento, si en lugar de contestaros: «*Plausus* (haga usted el favor), conteste: «No, gracias.» Esa insistencia, tan afectuosa en su fondo, de nuestro obsequioso país, en que á veces el que os invita, lleno de buena voluntad, es verdad, os sería de buen tono: os ofrecen todo de corazón una vez, y os dejan en completa libertad de aceptar ó no. Después del té ofrecéis las fresas, preguntando si las quieren con azúcar ó con nata, y según os las pidan, servís un pequeño montoncito y dáis el plato con un *tenedor* pequeño si las toman con nata, *sólo* si las toman con azúcar, pues en ese caso se comen con la mano, cogiéndolas por el rabo con el mayor primor. *Nada de servilletas* «*pequeñas* con el té: la gracia es tomarlo sin mancharse ni las manos ni los labios—yo os digo que el comer aquí es una ciencia;—y lo único que se permite es sacar después el finísimo pañuelo de batista y pasárselo ligeramente por la boca: cuidadito con que una sola migaja del pan ó del *cake* caigan en vuestra falda, ni mucho menos en el suelo; tomad vuestras precauciones para evitar semejante falta de *lesa majestad*. Acabado el té, *todo lo más* que podéis permanecer en la visita es hasta las seis; esta es la hora de retirada: aquí se entiende muy bien la vida: siendo la comida generalmente de siete á ocho, se considera que la gente ha de descansar y arreglarse para ella. Aquí todo, absolutamente *todo*, está sometido á reglas fijas, que no se quebrantan jamás: habrá quien juzgue este modo de ser demasiado severo; yo os digo que es delicioso: este *reglamento* general produce un orden en la vida muy necesario en todas las posiciones, y un bienestar que sólo se aprecia verdaderamente cuando después de haber vivido en Inglaterra visita uno otros países.

Este té que os he explicado es el clásico *five o'clock tea*, servise en el salón ó servise en el jardín, *ni más ni menos*: ahora hay lo que llaman *at homes*, que es un té dado en otra forma. Dejo su explicación para otro día. Dicen que el té ataca á los nervios si se abusa de él; yo creo que con el que *tomáis* en esta carta tenéis más que bastante; ni quisiera sublavar vuestros nervios!.... Antes de poner *punto final*, como todo *buen autor* hace con sus obras, he echado una ojeada retrospectiva á la mía á poner *puntos* y *comas*.

«Cent fois sur le métier
Remettez votre ouvrage
Polissez-le sans cesse
Et le repolissez.»

Esto nos aconseja Boileau en su admirable *Arte Poética*: no he podido menos de recordar el sabio consejo al leer mi desbarajustada carta. ¡Vaya una confusión, señoras mías! *ensayos* de literatura, novelescos recuerdos, trapos y té, todo en amable confusión! Si obedezco al clásico francés y pongo mi obra en el bastidor y trato de pulimentarla, ¿qué haré? Hay males que no tienen remedio, y mis obras son tan *malas*, que sólo merecen quitárselas del bastidor con un

(1) Si servís otra taza, vertéis primero en el *slop-basin* el líquido restante de la primera: este es su uso.

tijeretazo. ¡Gracias que confío tanto en vuestra indulgencia!

Lectoras queridas, nunca he pretendido *asombraros* con mis trabajos; si, os lo confieso, he acariciado la idea de distraerlos con *mi charla*, como más de una vez, ¿os acordáis? en más de un elegante saloncillo de Madrid, nos hemos reunido los que tanto nos queremos, y hablando de aquí y de allá, hemos pasado bien buenos ratos. ¡Cuántas veces, Dios lo sabe, en esta sociedad, donde tanto gustaríais si viésteis, os recuerda mi memoria, mis ojos os buscan, esperando que vuestras lindas cabezas asomen detrás de una cortina, paréceme oír vuestras voces tan jóvenes y tan dulces y tan frescas refiriendo cosas y cosas con esa facilidad de palabra, con esa gracia *sin par* que son dotes de la mujer española! Cuánto nos deleitaba oírnos, ¿verdad? Nos quitábamos la palabra unas á otras, nos atragantábamos por hablar. Yo me encantaba oyéndoos, á vosotras os gustaba escucharme, y confiada en esto, mando en representación mía estos pliegos. ¡Que ellos encuentren la acogida que su autora ha encontrado siempre entre vosotras en aquellas horas tan felices que pasábamos reunidas!

«Esas no volverán...»

me digo tristemente, robándole á Bécquer su melancólica rima, como ya le he robado el título de mis cartas. El mejor día tenéis en la cárcel, presa por *plajios* bequerianos, á vuestra pobre

LADY BELGRAVIA.

AMORES DE OTOÑO.

HAY el día 2 de Noviembre, el día en que los vivos suelen visitar á los muertos; visita anual que tantos de los primeros suelen realizar maquinalmente, siguiendo una costumbre en que no siempre intervienen los sentimientos del corazón. El Vizconde del Sacro Monte, como tantos otros madrileños, cumplía aquella costumbre, y como el día estaba muy templado, aunque las nubes ocultaban los rayos solares, realizaba á pie aquella expedición, y llegaba al cabo al cementerio de la Sacramental de Santa María, parándose junto á un mausoleo, objeto indudable de su visita.

¡Y qué cansado llegaba á ella el Vizconde!.... Porque su juventud había desaparecido.... Pronto habría de cumplir cuarenta y cinco años, y representaba más edad todavía.... Los escasos cabellos que aun le quedaban plateaban demasiado su cabeza; su frente, mostraba no pocas arrugas, y algunos inquietos dolores le recordaban la existencia del rema. Aun tenía, sin embargo, aspecto distinguido, tallo esbelto y negro bigote.... Aun podía pasar, con luz artificial.

El mausoleo junto al cual se había parado era nuevecito, y encerraba el cadáver de su madre, enterrada hacia dos meses. ¡Su madre!.... En estas palabras se encerraba todo su pasado.... Una larga sucesión de días pálidos y monótonos.... El Vizconde había quedado huérfano de padre cuando sólo contaba veinte años, heredando exiguas rentas y un considerable capital de malos ejemplos, que el joven no estaba dispuesto á seguir. Quedaba solo en el mundo con su madre, y se consagró por completo á ella, para hacerla olvidar con los gozos maternos los duelos de viuda. Y así transcurrieron diez años, y el joven llegó á los treinta sin haberse permitido ninguna escapatoria por los campos de otras pasiones. Por entonces enfermó la canamán, y durante quince años se consagró á su cuidado; fué un enfermero lleno de abnegación, hasta que quedó solo en el otoño de su existencia. Había sido un excelente hijo, pero nada más. El amor maternal es egoísta en algunas ocasiones, y ninguna muchacha habría consentido en casarse, á la vez que con el Vizconde.

Por fin había quedado libre; pero ¿de qué le servía su libertad, ni qué porvenir podía esperar? Solitario y desconcertado al estarlo, seguía sus inveteradas costumbres, y se hacía viejo, echando de menos las egoístas ternuras maternales. No era sólo un solterón, era un viejo; vivía ocioso é inútil, aburrido y aburrido de los demás, y sin otra esperanza que su casa solitaria y el círculo en que se hosteaba, hasta que á su vez acudirían á buscarle la enfermedad y la muerte....

¡Decididamente, la madre había muerto demasiado pronto, á pesar de haber vivido tanto!

Cuando, después de entregarse á sus meditaciones, arreglaba las coronas de flores de la tumba, un rumor de voces de mujeres le hizo volver la cabeza. Junto á la tumba inmediata se veía arrodillada á una mujer, y detrás de ella, pasando las cuentas de un rosario, otra que parecía su criada.

La primera de aquellas mujeres se alzó del suelo, y levantándose su tupido velo dejó al descubierto su rostro, muy agradable, pero sin los atractivos de la juventud. Debía exceder de los treinta años y ser acaso viuda.

A media voz pronunció algunas palabras, que el Vizconde no pudo oír, y á las cuales respondió la criada, presentándole una hermosa corona:

—Aquí está, señorita....

—Señorita!.... Era solterona....

Esta, mientras tanto, trataba de colocar la corona en un alambre de la columna mortuoria; pero era inútil su empeño.

—No alcanzo—exclamó al fin con desaliento.

Aquella voz era muy dulce y llena de atractivo.

El Vizconde saludó, y dijo:

—¿Me permite usted ofrecerle mi auxilio, señorita?

La enlutada le miró, no sin algún temor, y tranquilizada



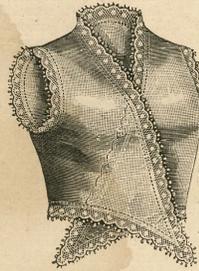
8 & 10.—Chambrá, camisa y pantalón para señoras gruesas.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 20 á 28 de la Hoja-Suplemento.



11 y 12.—Chambras adornadas con bordados.
Explic. y pat., núm. XIX, figs. 86 á 89 de la Hoja-Suplemento.



14.—Chaqueta de encajo. Espalda.
Véase el dibujo 15.



13.—Cubrecorsé.
Explic. y pat., núm. XXV,
figs. 104 y 105 de la Hoja-Suplemento.



22.—Traje de playa.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers.



23.—Sombrero redondo.



16 y 17.—Camisas de dormir para señoras.
Explic. y pat., núms. V y VI, figs. 29 á 35 de la Hoja-Suplemento.



18 á 21.—Camisa de vestir, camisa de dormir y pantalón,
de pongée de la China.



15.—Delantero de la chaqueta de encaje.
Véase el dibujo 74.



24.—Vestido para jovencitas de 12 á 14 años.
Explic. y pat., núm. XVI,
figs. 65 á 71 de la Hoja-Suplemento.

25.—Vestido de granadina
para señoras de cierta edad.

26.—Traje para niños de 4 á 6 años.
Explic. y pat., núm. XVII,
figs. 72 á 77 de la Hoja-Suplemento.



je. Espalda.
76.



ndo.

sin duda por el aspecto de su interlocutor, no vaciló en responder:

—Mucho se lo agradezco á usted, caballero..... Quisiera estar en esta corona en el centro de la columna..... ahí, en el alambre.....

El Vizconde hizo con poco esfuerzo lo que su vecina decía.

—Sería conveniente fijarla mejor—dijo aquel.
—Sí, y para eso he traído este alambre..... Te da usted la bondad de sostenerla, mientras yo la aseguro.

En aquellos momentos ambos se estudiaron, y sus miradas se cruzaron, causando á la enlutada algún rubor. El Vizconde, para destruirlo, leyó la inscripción de la corona.

—¡Ah!—exclamó compasivamente—¿es para su señor padre?.....

—Sí, señor—contestó.

—Yo venía por mi mamá.

Y guardaron silencio nuevamente; pero como la corona había quedado asegurada ya, ella añadió:

—Muchas gracias.

El Vizconde inclinó la cabeza y volvió junto á su mausoleo, donde aparentó también arreglar algunos adornos. Sentía curiosidad por conocer el nombre del difunto inmediato al lugar en que reposaba su madre, y esperó á que aquellas dos mujeres se alejaran. Estas volvieron á rezar breves momentos, y la hija se alejó después, seguida de la criada, y haciendo una leve inclinación de cabeza al Vizconde.

Este se acercó entonces á la sepultura, y pudo leer:

AQUÍ YACEN

EL SEÑOR D. JUAN CISNEROS.

D. E. P.

La señorita Cisneros.....

Es cuanto deseaba saber.

—¿Quién será ese joven?—se preguntaba al alejarse Emilia Cisneros.

Y aun cuando el dictado de joven no le correspondiera, ni mucho menos, las mujeres á los treinta y cinco años son muy benévolas para la edad de los demás. Además que, joven ó no, el caballero no podía ser más fino ni complaciente, y una simpática no exenta de compasión había nacido en el pecho de Emilia, con motivo de aquel extraño encuentro entre dos tumbas adyacentes, y á las que acudían uno y otra movidos de un sentimiento igualmente respetable. Por otra parte, la frase infantil de «Yo vengo por mi mamá», dicha por un hombre maduro, demostraba una prolongación indefinida de cariño infantil. En un principio le había tomado por un viudo; pero la frase citada y el tono con que había sido pronunciada no denunciaban al hombre lleno de cuidados y obligaciones, sino al huérfano, y nada más que al huérfano.

Y si esto fuese cierto, ¡qué nuevas y extrañas analogías entre ambos! El solterón, ella solterona también; y si él tributaba culto á la memoria de una madre, ella también había sido víctima del excesivo amor de sus padres. Su nacimiento había compensado la amargura causada á los mismos por la muerte de cinco hermanos que la habían precedido, y que habían sido llamados al cielo al comenzar la vida. Su cuna se había visto rodeada de temores y angustias. ¿Se lograría aquella niña? La niña se había logrado, saliendo triunfante del primer cambio de su naturaleza, y creció asediada de los excesivos cuidados maternos..... Prohibición de correr, para evitar las palpitaciones del corazón; prohibición de andar mucho, de jugar, de reír, de tomar frío, de estar al sol, de estar á la sombra, de comer.....

Esclava de los cuidados de sus padres, algodónada siempre, en el orden físico como en el moral, Emilia no había muerto porque era robusta..... y así llegó á la edad de veinte años, y no le faltaron ventajosas proporciones. Pero al principio decían sus padres: «Eres muy niña..... muy delicada, ¡y el matrimonio es tan temible!.....» Semeciente pretexto no podía durar indefinidamente; pero, gracias á él, Emilia llegó á los veinticinco años. Entonces se cambió de táctica: «Los hombres son tan malos..... Casi ninguno busca más que la dote, para abandonar luego á sus mujeres..... Y ella, tan delicada, no podía aceptar al primero que se presentara..... Necesitaba un marido excepcional, un marido bien elegido.....»

Y así llegó Emilia á la edad en que ya no se puede elegir.

La madre murió torturada por la duda de lo que sin ella sería de su hija: el padre juró velar por ella, y lo cumplió..... La encerró en su egoísta cariño: á los treinta y cuatro años la hacía acompañar siempre por una doncella, que la decía, al cruzar de una acera á otra: «¡Señorita, tenga usted cuidado con los coches!»

Y el padre murió también, muy afligido por morir antes que ella..... dejándola de treinta y cinco años, ignorante del mundo y solterona..... Todas sus amigas se habían casado, eran madres..... ¿y ella?.....

—Quisiera saber quién es ese caballero—habíase dicho al entrar de regreso en su habitación solitaria.

Perseverando durante algunos días en este pensamiento, resolvió al cabo volver al cementerio; sobre la tumba debería leerse el apellido de la muerta. Y fué sola, sin que su eterna criada la acompañase, experimentando su corazón una violenta sacudida cuando, al llegar al sitio de las tumbas, encontró al desconocido.

Allí acudía diariamente el Vizconde con la confusa esperanza de volverla á ver. Al principio decayeron sus ilusiones; pero el mismo mal éxito de los primeros días le impulsó á perseverar.

Emilia Cisneros contestó á su saludo, bajando lentamente la cabeza, y se arrojó. El Vizconde adivinó á través del velo el brillo de los ojos de aquella mujer, y creyó leer en

ellos una muda compasión. Era una tierna reciprocidad de afectos compasivos. El mismo deseo incitaba á uno y otra á aproximarse y conocerse; pues aquellos dos abandonados presentaban algo vago, pero infinitamente dulce.

Una leve queja de la mujer contra los encargados del cementerio, hizo que el abudase en las mismas opiniones. Hablaron de las tumbas y de los que las ocupaban, y como el hablar de los que yacían allí era hablar de ellos mismos, pronto llegaron á las mutuas confidencias.

—¿Su mamá de usted estuvo mucho tiempo enferma?

—Quince años, señorita.

Después fué ella quien habló, sin amargura, de su papá: de su vida de niña, de joven y de mujer; de su vida, que, como la del Vizconde, sólo conducía á la inutilidad.

Se miraron de nuevo compasivamente, y gradualmente fué desapareciendo la tristeza de sus ojos, siendo reemplazada por una indecisa esperanza. Al fin se sonrieron, aunque avergonzándose de su sonrisa.

Se habían comprendido.

Y salieron juntos de aquel triste recinto, como si siempre se hubieran tratado; hablaron de sus relaciones sociales, y como algunas de ellas eran comunes á los dos, aunque algo descuidadas por ambos, se prometieron cultivarlas con mayor asiduidad en lo sucesivo. De aquí que al dejarla en su coche, á la salida, dijera intencionadamente el Vizconde:

—Hasta la vista, señorita.

Buscándose, llegaron á encontrarse en los salones íntimos en que su luto les permitía presentarse, y así pudieron cumplir las formalidades de rigor para el proyecto de una unión firmemente decidida en el corazón de ambos. Por eso, ni ella se extrañó cuando, algunos meses más tarde, él hizo pedir su mano, ni él podía menos de esperar una respuesta afirmativa.....

Que en el otoño de la vida, como en el del año, hay también días de brillantes claridades y de verdadera felicidad.

INOCENCIO.

LA PECADORA.

Y así hasta el postrimero
Todo era amor, todo era amor sincero.
(HOFFMAN DE FALLEISLEBEN.)

Del templo en la nave

Sombria y desierta,

Rezando contrita

Está Magdalena.

Y se oye su rezo,

Que á menudo altera

La bronca campana

Que á ratos voltea

Llamando á los fieles

A entrar en la iglesia.

Va entre la tierra,

La noche avanzando,

La banda siniestra

De endriagos y espectros,

Que en densas nieblas

Envueltos, la mente

Forjó en sus quimeras.

Del templo la nave

Sombria y desierta,

Llorosa y temblando,

Cruzó Magdalena;

Las débiles luces

Que incertanas chispean

Y el templo anchuroso

Alumbran á mediodía.

Del cuerpo su sombra

Medrosa proyectan,

Que crece ó decrece

Canimando trémula,

En tanto que á ratos

En la torre voltea.

La bronca campana

Con voz lastimera.

Tránsida, hasta un ángulo

Del templo se acerca.

Y allí de rodillas

Sus faltas confiesa:

Pasó un largo rato,

Pasaron sus penas;

De allí á poco alzóse

Radiante y absuelta,

Cruzó la ancha nave,

Gimió la alta puerta,

En tanto que á ratos,

Con voz lastimera,

La bronca campana

En la torre voltea.

No sé cuántas veces

Entró Magdalena

Del templo en la nave

Sombria y desierta,

Y salió del templo

Contrita y confesa,

Absolviendo el cura

Su amor y su pena.....

No sé cuántas fueron;
Mas de fijo fueran
Tantas como veces
La campana aquella
Dió al viento sus sonos
Con voz lastimera.

CRITÓN.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en carta anónima, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

LE AMARÉ TODA MI VIDA.—Desde 500 pesetas encontrará un bonito triciclo; pero lo más acertado es pedir á la casa Lozano, ú otra cualquiera, el Catálogo de modelos y precios, porque éstos varían muchísimo.

Con respecto al traje que ha de usar para este recreo, precisamente en nuestro número del 14 del actual hay tres bonitos modelos (grabados 1, 3 y 4). De éstos elija el que más le agrade.

En cuanto á las otras preguntas que me hace, sólo puedo contestarle que una señorita bien educada siempre debe dar las gracias cuando cualquier caballero la dirige frases de simpatía y la demuestra sus simpatías con palabras atentas; pero en las demás cosas á que se refiere, debe ser siempre reservada y discreta, no permitiendo ninguna confianza de ese género.

En cuanto á aceptar las relaciones, si esa persona es de su agrado y usted tiene noticias de sus buenas condiciones, no veo en ello ningún inconveniente.

Á UNA SUSCRIPTORA ENTUSIASTA DE «LA MODA ELEGANTE».—La banqueta resultará elegante bordándola en matices sobre tabinete azul pálido, ó en cañamazo imitando tapiz. No le aconsejo ponga las iniciales en el centro, sino que elija un bonito ramo, pues desde luego hace más elegante y nuevo.

El añilón cocido no se usa más que para la ropa de *manuscrito*, pues le da siempre el aspecto de nueva.

Debe procurar siempre que los polvos para la cara sean de un buen fabricante, como Guerlain, Farina, Pinard, Violet. De cualquiera de estas casas que los elija reunirán las condiciones que desea.

Á MADRESELVA.—Haré la descripción del comedor estilo Enrique II: zócalo de nogal, de la altura de un metro veinte centímetros, rodea el comedor; sobre el zócalo va extendida la tela ó papel, fondo rojo salpicado con flores de lis gris azul; cenefa en los mismos tonos de color. Chimenea alta de nogal tallado, y sobre ésta un cuadro con marco también de nogal; sillas iguales, tapizadas de terciopelo de Nápoles, rojo viejo; mesa cuadrada; aparador Enrique II. En los balcones, *bandeaux* rectos, de los que van suspendidas dos caídas que descienden hasta el suelo; éstas son de paño gris azul. Techo artesonado, sencillito, fondo gris azul con relieves rojo viejo.

No es propio de salón ni de gabinete el techo en el estilo que dice, sino plano, todo liso, con franja alrededor ó con pinturas al fresco. El papel hace más elegante todo de un color, que armonice con los muebles, con franja, haciendo juego, y medias cañas doradas.

El mueble á que se refiere no es propio de gabinete elegante, sino de gabinete de confianza ó cuarto-costurero.

Para conservar las manos blancas y suaves es preciso, después de lavarlas, secarlas bien, pues de lo contrario el aire las cuartea y pone ásperas.

Vea una buena fórmula de buena pasta de almendra para suavizar las manos y blanquearlas:

Leche.....	30 gramos.
Harina de almendras amargas.....	100 —
Harina de almendras dulces.....	100 —
Polvos de iris.....	100 —
Harina de almídon.....	100 —
Carbonato de sosa.....	30 —
Esencia de limón, cantidad suficiente.	

Lo se mezcla bien, y se usa la pasta en vez de jabón. Para quitar las manchas de cera, después de sacarla bien repetidas veces una plancha caliente sobre un papel blanco, se da en la parte manchada greda de buena calidad disuelta en agua caliente; si no ha desaparecido á la primera vez se repite la operación.

SRA. D.ª SARA C.—Me parece bien el modo de vestir de los cuatro niños. Usan delantal hasta los ocho años, y deben llevar luto un año de rigor y otro de alivio. El niño pequeño, siempre traje blanco con cabos negros.

Generalmente se les pone de corto á los ocho ó diez meses, según la época y lo desarrollados que estén.

Para viajar, puede muy bien usar sombrero con adornos de gasa m. ó crespón inglés.

Puede usted enviar tarjetas de despedida á las visitas de más cumplido.

Un bonito modelo para la blusa que quiere hacerse es el grabado 19 del núm. 26 de LA MODA, poniendo la corbata de crespón negro mate.

Para la hechura de su vestido, elija los grabados números 26 y 27 de LA MODA correspondiente al 22 de Junio, poniendo de crespón.



27.—Peinador con mangas caídas.
Explic. y pat., núm. XXI, figs. 94 á 96 de la Hoja-Suplemento.

28.—Matinée de nansou bordado.
Explic. y pat., núm. III, figs. 15 á 19 de la Hoja-Suplemento.

29.—Peinador.
Explic. y pat., núm. XX, figs. 80 á 83 de la Hoja-Suplemento.

30.—Vestido de recibir para señoras jóvenes.

Á UNA INDIA.—No puedo garantizarla los efectos de la máquina del Dr. Duk, pues ninguna persona de mi conocimiento la ha usado, y en materia delicada, como es ésta, me guardaría muy bien de dar mi opinión basándola sólo en noticias de referencia. Por otra parte, si mi consejo le merece algún aprecio, proceda usted en esto con cautela. Yo no me atrevería á emplear dicha máquina sin muchas seguridades acerca de sus resultados.

Puesto que parece de espinillas, no debe emplear grasa alguna para la piel, ni cold-cream, ni cremas de ninguna especie. En cambio, puede combatir las usando la receta siguiente:

Agua de rosas.....	10 gramos.
Alcohol.....	10 —
Glicerina.....	10 —
Bórax.....	5 —

Me han asegurado que las espinillas desaparecen teniendo constancia en usar esta composición mañana y noche.

También es muy bueno lavarse con una disolución de bicarbonato de sosa, empleando el contenido de una cucharadita de café en dos litros de agua.

Como son tantas las consultas á que contesto, no me es posible saber por qué causa recomendé la receta que me dice, pues por su explicación no la recuerdo. Lo que si creo es que á usted no la convendría.

Á UNA PALOMA.—En el próximo número la daré, según su deseo, la receta para hacer etocino del cielo.

Para obtener respuesta satisfactoria á su segunda pregunta, debe usted dirigirse á un almacén de música y pedir el Catálogo moderno de ambas cosas, pues las piezas de música que se publican son muchísimas.

Á R. DE O.—Es imposible que sólo con la explicación que yo la dé pueda usted hacer flores no habiéndolas hecho nunca, pues esta operación requiere algunas lecciones prácticas.

En las tiendas que se dedican á labores, así como en las de flores, se venden hojas de batista que luego se tiñen

según el color de la flor, dándole la forma que se desea; pero es más sencillo comprar las hojas de flores ya cortadas y las simientes que se venden en cajitas ó por docenas.

Esto no necesita más que armarse; pero tampoco es fácil de ejecutar sin haber recibido ninguna lección, á pesar de procurarse los modelos de las flores que desean hacerse.

Las hojas se venden también hechas. El moyuelo que recomiendo para el cutis es el que se vende en las tahonas.

Á J. V.—Para la confección de su vestido de granadina, es un bonito modelo el grabado núm. 31 de LA MODA del 14 de Junio. Es muy elegante, y puesto que le quiere con poco adorno, suprima todo el que la falda indica, pues si la granadina es de dibujo no lo necesita. En el cuerpo ponga la disposición del adorno tal como lo indica el modelo. Camisolin de crespón de seda, liso y plegado.

Lo mejor en ese caso es pedir á la casa que indica el Catálogo de precios, pues yo siento no poder complacerla en este asunto, por no ser de mi incumbencia.

Use para las manos la pasta de avellanas, de Violet ú otro buen fabricante, pues esto suaviza y blanquea mucho las manos.

Á GARDENIA B.—Para las *toilettes* claras, nada hay más bonito y á propósito que los fichús Adelaida, Anelia, ó Maria Antonieta, de muselina de seda de la India, guarnecidos de encaje ó de plegado muy menudo.

Si los vestidos de fular con dibujo de lunares son preciosos.

Para traje de señorita joven, la recomiendo, sobre todo, el fondo blanco, pero blanco limpio completamente, el mismo blanco de la nieve es lo que más se usa. El blanco crema y marfil se reserva para las señoras jóvenes y más serias. Se lleva en todas las edades sin ser ridículo. Al contrario, siempre hace bien.

Á C. P. R. D.—Diré á usted la manera de conservar los guisantes.

Se eligen los guisantes de calidad superior y muy tiernos; se meten en botellas que tengan el cuello ancho, y se

cubren con una cucharada de azúcar molida, y un corcho como los que se emplean para las gaseosas; se ata el tapón con un bramante colocado en forma de cruz y fuertemente sujeto. En seguida se colocan los frascos en un recipiente con heno, envolviendo con él las botellas de manera que no toquen las unas con las otras. Se llena el recipiente de agua fría, se acerca al fuego y se tiene en ebullición cinco cuartos de hora. Se dejan enfriar los frascos dentro de la misma agua, y cuando están muy fríos se guardan en la cueva ó sitio fresco.

Algunas personas, después de cubrir los guisantes con la capa de azúcar, les ponen una segunda capa de salmuera.

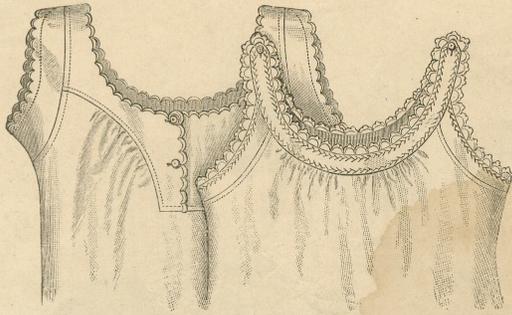
Los guisantes deben estar del tapón á una distancia de tres centímetros. Por este medio se consigue conservar los guisantes para el invierno tan verdes como están en su tiempo.

Á MARÍA TERESA.—Como sombrero elegante de playa y casino, le recomiendo el de paja de Manila ó de Italia muy fina. Se presta á mil combinaciones, como forma, por lo flexible; se dispone en capelina dándole al ala diferentes formas en la manera de levantarla. En cuanto á la disposición del adorno, si es para casino, se prefiere como elegante la guarnición de encaje blanco, bise, crudo ó rosado; también la gasa de los mismos matices con alas blancas ó negras, ó también lazos de cinta de tafetán *glacé* en los tonos de moda. Igualar el color de la cinta á la del traje es lo más distinguido.

Está muy en moda bordear los *plateaux* y sombreros redondos de paja con un encaje por todo alrededor del ala.

Los velitos blancos están muy de moda, pero muchas señoras elegantes salen sin él; sin embargo, yo aconsejaría, sobre todo en los puertos de mar, como preservativo para el cutis, usarlos de ceño muy fino, es decir, lo más ligero posible.

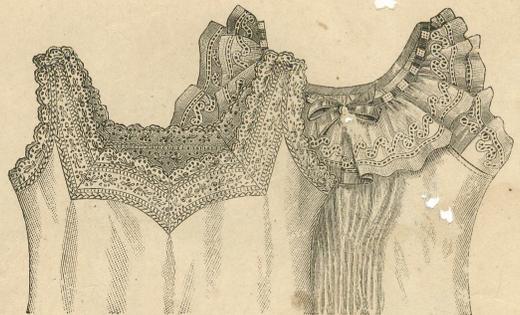
EN MADRID Á BLANCA.—Como guante de vestir, se recomienda sólo el de piel de Suecia, pues es sumamente flexible y no da calor. Para guiar ó montar á caballo son preferidos los guantes de piel de ciervo, por ser infinitamente más resistentes.



31.—Camisa con cenefa.
Explic. y pat., núms. IX y X, figs. 45 á 51 de la Hoja-Suplemento.

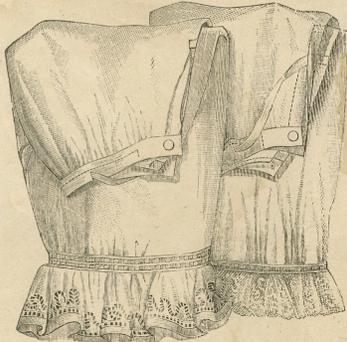


33.—Cofia de dormir para señoras de edad.
Explic. y pat., núm. XXVI, figs. 106 y 107 de la Hoja-Suplemento.



34.—Camisa adornada con bordado.
Explic. y pat., núms. XXIII y XXIV, figs. 99 á 103 de la Hoja-Suplemento.

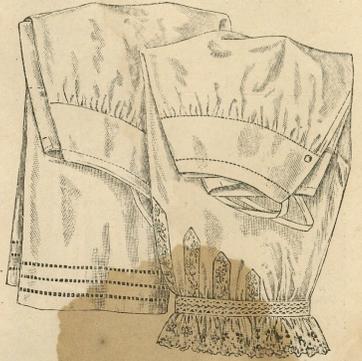
35.—Camisa con vol.nte.
Explic. y pat., núms. XXIII y XXIV, figs. 99 á 103 de la Hoja-Suplemento.



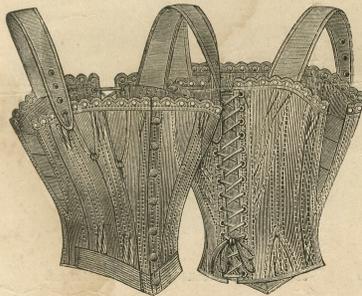
36 y 37.—Pantalones cerrados con semicinturón.
Explic. y pat., núm. XXVII, figs. 108 y 109 de la Hoja-Suplemento.



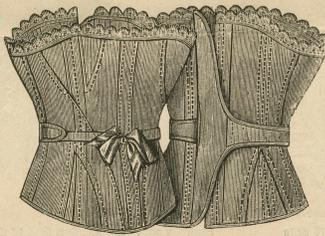
38 y 39.—Blusas para niños de 7 á 11 años.
Explic. y pat., núms. XIV y XV, figs. 56 á 64 de la Hoja-Suplemento.



40 y 41.—Pantalones con cinturón ancho.
Explic. y pat., núm. XI, figs. 52 y 53 de la Hoja-Suplemento



42 y 43.—Corsé de viaje. Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 36 á 42 de la Hoja-Suplemento



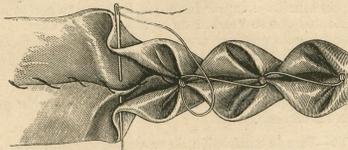
44 y 45.—Corsé de mañana.
Explic. y pat., núm. XVIII, figs. 78 á 85 de la Hoja-Suplemento



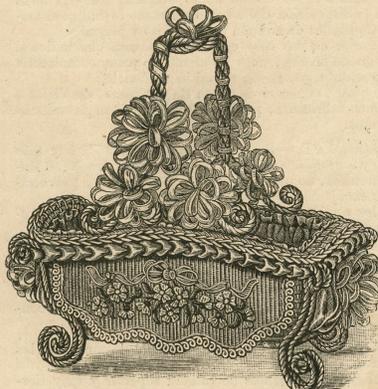
46.—Blusa del traje de viaje y paseo.
Véase el dibujo 47.



48.—Paño bordado (decoración).



50.—Adorno de la canastilla de labor.



49.—Canastilla de labor. Véase el dibujo 50.



47.—Traje de viaje y paseo.
VÉASE EL DIBUJO 46.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento